

«do los mayores peligros para la sociedad humana, por razón de las tendencias materialistas de esas ciencias; se ha llegado aún á predecir la destrucción de todas las ideas morales, por consiguiente la ruina de la sociedad y un *bellum omnium contra omnes*, si tales tendencias llegaran á prevalecer.» (1) Para quien conoce el materialismo por el estudio de la filosofía ó de la historia, esos temores no son quiméricos, sino legítimos. No hay una sola idea moral, ni la abnegación, ni el deber, ni la ley natural, ni la impuntabilidad de los actos, que pueda conciliarse con el principio egoísta y fatalista del sensualismo. No hay una sociedad capaz de resistir el brutal esfuerzo del interés personal, si puede alguna vez ahogar la conciencia y surtir todos sus efectos. Las relaciones de los hombres entre sí serían precisamente una guerra de todos contra todos, según la exacta expresión de Hobbes; sería el estado de naturaleza descrito por ese gran lógico. Si, el hombre se conduciría como una bestia feroz, si debiera, según las prescripciones de la doctrina, sacrificarlo todo á sus goces materiales. M. Büchner no comprende esto, y esa es su excusa; pero no tiene razón en responder á una crítica seria con vanas declamaciones contra el estado social; no tiene razón, sobre todo, en seguir á los supuestos apóstoles de la libertad en Alemania, que rechazan absolutamente la libertad del hombre. El hombre no es libre, ¿y por qué? Porque forma parte de un pueblo, cuyas costumbres dependen del clima, porque está sujeto á las influencias múltiples de su carácter y de las circunstancias exteriores. Hace mucho tiempo que se sabe esto, lo cual no ha impedido nunca á un ser racional, aun cuando negara la razón, que afirmara interiormente su libertad. ¡Singular justificación en verdad! Os defendéis de atacar el orden moral, y mináis el orden moral por su base. ¿Ignoráis acaso que sin la libertad no hay ya responsabilidad, ni mérito, ni virtud, ni deber? ¿O pretendéis que el hombre es una máquina, y que le basta observar un reglamento de policía para tener derecho al respeto y elevarse á la dignidad de un ser libre?

«Sexta consecuencia. Si el hombre no tiene más que sentidos, ¿qué vienen á ser la justicia ó el derecho, principio de la vida social? Protágoras confundía el derecho con la ley, la legitimidad con la legalidad, y decía que todas las leyes son buenas para los pueblos que las adoptan, por contrarias que puedan ser entre sí. Es la teoría del hecho consumado, la justificación del éxito favorable, hecha abstracción de los medios. Hobbes la acepta y desarrolla con su rigor ordinario, sin la menor vacilación. La distinción del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, no es la fuente, sino el efecto de la ley. Es preciso tener por bueno todo lo que la ley permite ó manda, por malo todo lo que prohíbe, aun cuando ordenase renegar de Dios, exponer á los hijos ó matar á una clase de ciudadanos. El asesinato no es culpable en sí mismo, pero llega á serlo por la prohibición de la ley. Pura convención. En efecto, remontad al origen de la sociedad, y representaos el estado de la naturaleza, en que los hombres vivían como lobos: allí no se conocía ni el bien ni el mal; todos tenían derecho á todo, y nadie guardaba consideración á sus semejantes; la justicia entonces era el derecho del más fuerte, en otros términos, el derecho es la fuerza, como lo sostiene todavía M. Proudhon, como deben suponerlo to-

(1) *Fuerza y materia*, pág. 252.

dos los que asimilan al hombre con el bruto. Pero parece que nuestros antepasados se disgustaron de esa justicia, creyendo sin duda que era funesta para todos; se reunieron, pues, y convinieron, aunque no tuviesen ni razón ni lenguaje: 1.º en inventar signos para entenderse; 2.º en poner fin al estado de naturaleza; 3.º en instituir un estado contra-naturaleza, llamado sociedad; 4.º en hacer un contrato en regla, luego que supieran escribir, para fijar sus derechos y deberes recíprocos. Todo esto era muy bien imaginado por salvajes, más salvajes que las poblaciones más degradadas que invocan los partidarios del empirismo filosófico, puesto que todavía no se han llegado á encontrar hombres sin palabra ni estado social. Nuestros antepasados renunciaron, pues, generosamente á sus pretensiones sobre todas las cosas, con la esperanza de obtener alguna seguridad; crearon el bien y el mal, la propiedad y la policía, lo justo y lo injusto; pero sus descendientes, convencidos después de todo de que esas pretensiones son sus derechos, se sienten naturalmente tentados á recobrarlos. Hé aquí por qué hay gentes que dicen que pueden disponer de los bienes y de la vida de otro, y que disponen en efecto. Los otros no valen más, pero no se atreven á obedecer á la inspiración de la naturaleza por temor de la ley. El temor es la salvaguardia de la sociedad, el contrapeso del instinto; la mejor sociedad será, pues, aquella en que la ley inspire el terror más vivo. Organizad el Estado, dadle todos los poderes, dejad al príncipe derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos, sobre los súbditos, á fin de que nadie se permita hablar ni obrar contra el orden establecido, que á nadie se le ocurra tener una opinión ó una creencia sin la autoridad del príncipe. El ideal de la sociedad es el *despotismo* y el *absolutismo*, única forma de gobierno que sea conforme con la naturaleza sensible del hombre.

«Los nuevos partidarios del empirismo filosófico cuentan entre ellos ardientes demócratas. ¿Conocen por ventura las consecuencias políticas del sensualismo? Lo dudo. Verdad es que las advertencias no les han faltado. En una asamblea de naturalistas y médicos alemanes, en Gotinga, un sabio más previsora que los otros, Rodolfo Wagner, les ha dicho públicamente: «La moral que emana del materialismo científico se reduce á estas palabras: comamos y bebamos, mañana no existiremos. Todos los grandes y nobles pensamientos son vanos sueños, fantasmagorías, juegos de autómatas de dos brazos, que corren sobre dos piernas y se descomponen en átomos químicos para combinarse de nuevo.» Pero ellos pretenden que son calumnias y claman contra la hipocresía de la virtud que se espanta con sus máximas; preciso es remitirlos al estudio de Hobbes. En cuanto á M. Büchner poco trata de cuestiones sociales en su libro; se limita á presentar con marcada complacencia el espectáculo de la perversidad humana en el estado de naturaleza, y concluye de aquí que no existe en nosotros ninguna idea innata de moral, de derecho ó de religión.» (1)

Creemos que nadie pondrá en duda las consecuencias expuestas, lógicamente deducidas de las escuelas filosóficas comprendidas bajo el nombre de sensualismo, sobre todo, cuando su legitimidad está sobradamente probada con las doctrinas de los mismos sensualistas. Como ya lo hemos visto otras veces, el positivismo se halla comprendido en

(1) *Lógica*, lib. II, cap. 1.º

la misma inducción, cuyos resultados conservan siempre un carácter hipotético, y el escepticismo tiene que aparecer con su cortejo de deplorables consecuencias en todas las esferas de la actividad humana. Esto es lo que aparece á cada paso en las obras de Mill, de Bain y de Spencer. En cuanto á las teorías políticas que nacen del positivismo, recuérdense los principios absolutistas de Comte, que en este punto fué el más consecuente consigo mismo. Positivista y liberal son términos que se contradicen, como se contradicen la fuerza y el derecho, el hecho consumado y la justicia, la fatalidad y el libre albedrío. Podemos, pues, establecer que el positivismo, como toda doctrina sensualista, degrada al hombre nivelándole con el bruto, y conduce necesariamente al escepticismo, al materialismo, al ateísmo, al egoísmo y al despotismo. Ahora bien, una doctrina que tales frutos produce, puede y debe ser considerada como profundamente perniciosa para la juventud, cuya educación intelectual y moral debe ser objeto de especial atención y cuidado en una sociedad que prepara seriamente el bienestar de las generaciones futuras.

J. M. VIGIL.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Noviembre 1.º de 1882.

El primer artículo del estudio que venimos haciendo sobre las *Nociones de lógica* del Sr. profesor Ruiz, no ha sido del agrado de este señor, y nos ha contestado con tal motivo en la *Libertad* del día 7 del pasado, señalando los defectos de método y de lógica en que según su ilustrado parecer hemos incurrido, y fijando ciertos hechos y ciertas cuestiones que se ligan estrechamente con la cuestión actual. Confesaremos con toda ingenuidad que nunca creímos que nuestros pobres y desaliñados conceptos merecieran la aprobación del Sr. Ruiz, ni mucho menos nos hemos lisonjeado con llevar tal fuerza de convicción á su espíritu que confesase de plano los errores de la escuela cuyas doctrinas profesa; nuestro objeto es obrar en el ánimo de los lectores imparciales, poner ante su vista los peligros de esa llamada filosofía, que á pesar de sus exajeradas pretensiones no ha prestado todavía ningún servicio efectivo al progreso intelectual ó moral de la humanidad; hé aquí todo. En cuanto al Sr. Ruiz, vendrá más tarde la reflexión, se calmarán las pasiones, sobre todo, el amor propio que tan poderoso es en los jóvenes de imaginación ardiente; la razón acabará por sobreponerse á las preocupaciones que en su espíritu ha engendrado la enseñanza positivista, y entónces por sí solo, y sin necesidad de ningún estímulo exterior, modificará sus ideas, adquirirá nociones más exactas sobre la verdadera filosofía, y verá que no es el positivismo esa maravilla á la que hoy rinde el ferviente culto de su entusiasmo. Abrigamos esta esperanza por el buen concepto que nos merecen el talento y laboriosidad del Sr. Ruiz; pero entre tanto tenemos que resignarnos á disgustarle con nuestros trabajos, limitándonos á aguardar que no obstante su poquísima importancia, atraerán su atención hácia ciertos puntos cuyo estudio apresurará el resultado que tanto deseamos.

Desde luego nuestro artículo carece de *razones* y de *justificación* á los ojos del Sr. Ruiz; parece que con una de esas dos cosas bastaba; en seguida, encuentra defectuoso el método que hemos adoptado porque no está conforme con el que supone mejor, y á este fin nos da de paso una lección sobre lo que *debíamos* haber hecho. Oigamos al maestro: "Hasta los ménos conocedores de la ciencia, hasta los ménos habituados á cuestiones prácticas, saben perfectamente que el camino que se *debe* seguir al analizar un libro, al formular un juicio acerca de una obra, es el siguiente: 1.º considerar el fin que se propone el autor y 2.º *valorizar* (otros dirían *valorar*) los medios empleados para llegar á aquel fin. Respecto al primer punto, una vez determinado el fin, *debia* averiguar científicamente si tal fin es bueno ó malo y en consecuencia darle su aprobación ó negarla. En cuanto al segundo punto, cuyo análisis se subordina á la consideración del primero, *debia* averiguar si esos medios conducen ó no, á aquel fin, si son todos, si falta alguno, si alguno ó algunos contienen errores ó falsedad, etc." El Sr. Ruiz con su perspicacia natural previó que podíamos contestarle "que se pueden seguir diversos caminos para analizar un libro;" mas repone luego: "Es verdad, pero no es ménos exacto, que todos los caminos son buenos y que precisamente el acierto está en saber elegir." ¿Y por qué no es bueno el camino que elegimos? Porque nos limitamos "á estudiar la primera parte, que respecto á toda la obra es pequeñísima y de escasa importancia." Tenemos, pues, que según el Sr. Ruiz no hemos seguido el mejor camino para analizar su obra, esto es, examinar el objeto que se propuso y los medios de que se valió, porque sólo hemos estudiado la primera parte.

Nuestro ilustrado censor nos permitirá que en cambio de las sábias reglas que nos aconseja, le recordemos otras, sin las cuales las primeras no valen nada, y que más que por la ciencia, son dictadas por el sentido común. Esas reglas son: 1.ª antes de censurar un escrito es preciso leerle en su conjunto; y 2.ª para que la censura sea razonada es menester comprender lo que se combate. Ahora bien, ¿ha hecho esto el Sr. Ruiz? Notoriamente no, como diría su señoría; porque juzga de todo nuestro trabajo cuando apenas hemos publicado el primer artículo, y porque no conociéndole, malamente puede comprender el objeto que nos proponemos, ni fallar magistralmente sobre si hemos cumplido ó no con dicho objeto. Por lo demás, si el Sr. Ruiz se hubiera tomado el trabajo de reflexionar un poco antes de escribir, habría hallado que en nuestro primer artículo no hemos ido tan descaminados, pues de él resultan fijados con toda claridad el objeto positivista de su obra, y los medios de que se valió para realizarlo. Convenimos en que la primera parte es pequeña, pero no de escasa importancia filosófica, pues en ella se encuentran consignados los errores fundamentales del positivismo, tomados de las escuelas sensualista y empírica, y para hacer desaparecer toda equivocación, debíamos precisar el valor que en el sistema del Sr. Ruiz se da á ciertas palabras que se prestan á muy diversas interpretaciones.

Ha causado gran sorpresa al Sr. Ruiz, ver que todo nuestro artículo "se funda en un sofisma notorio é impasable." El sofisma consiste, según aquel señor, en que hemos expresado "que todos los pensadores positivistas son malos," y "que todo lo que forma la obra publicada es tomado de los autores positivistas." Nuestro ilustrado crítico ha su-

las referidas escuelas, y envuelve por tal motivo las mismas consecuencias, lo cual es muy fácil probar con testimonios irrefragables. Para alejar toda duda sobre este particular harémos algunas citas que acabarán de patentizar la verdad de lo que decimos.

La diferencia puramente cuantitativa entre el hombre y el animal, profesada por Büchner, la vemos establecida casi en los mismos términos por Bourdet. Hé aquí sus palabras: "En vano se quería asignar al hombre un lugar aparte y fuera de la serie animal. Las antiguas sutilezas escolásticas que oponían el instinto á la inteligencia, se han desvanecido, y de hoy más el estudio de lo moral en los animales contribuye eficazmente al perfeccionamiento de la fisiología intelectual y psíquica del hombre." (1) Aquí vemos á la inteligencia asimilada con el instinto; los fundamentos de la moral en el estudio de los animales inferiores al hombre, lo cual contribuirá eficazmente al perfeccionamiento de la fisiología intelectual, etc. De esta doctrina al materialismo no hay más que un paso, y en efecto, la supuesta abstención de los positivistas para ocuparse en la cuestión de la naturaleza del alma, á la que declaran *incognoscible*, reduciendo su psicología á una simple fenomenología, se resuelve en definitiva en una verdadera negación materialista. Vease lo que se entiende por alma en la referida escuela: "No se conocen fuerzas sin materia ni materia sin fuerzas. No se admite un órgano sin funciones, ni una función sin un órgano. La esencia de las fuerzas y el origen de la materia permanecen desconocidos; pero los fenómenos que dependen de la materia nos permiten afirmar la realidad de los cuerpos. El órgano cerebral tiene por conjunto de funciones la inervación, las percepciones internas y externas, la imaginación, el juicio, la voluntad, la motilidad, la expresión, el lenguaje, los instintos protectores de la individualidad y de la colectividad. *Este conjunto de las funciones del cerebro es el alma.*" (2)

Si se niega el alma porque no puede ser objeto de observación, igual razón hay para negar á Dios; efectivamente: "Toda teoría de la creación del mundo va á estrellarse forzosamente contra la infinidad del tiempo ó del espacio. Si prevalece la idea de los dioses personales, la idea de las cosas en el mundo desaparece; y si se mantiene la idea de la materia, la de Dios no puede subsistir, siendo un contrasentido la coexistencia de esas eternidades rivales. Por el contrario, de una sola eternidad, la del mundo, todo se deduce sin esfuerzo: el mundo se compone de materia inorgánica y organizada que tiene sus leyes inmutables é inmanentes. Voltaire dice con demasiada complacencia:

*L'univers m'embarrasse, et je ne puis songer
Que cette horloge existe et n'ait pas d'ouvrier,*

porque la naturaleza no es una obra, existe en sí. Voltaire añade:

Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer.

Es precisamente lo que han hecho Descartes, Newton, el mismo Pascal, cuando su Dios nos da el impulso, la orden de marcha, el papirotazo del movimiento." (3)

(1) *Vocabulario de los principales términos de la filosofía positiva*; art. *Animal*.

(2) *Ibid*; art. *Alma*.

(3) *Ibid*; art. *Panteísmo*.

Una vez eliminada la idea de Dios de la conciencia, y su realidad de la creación, ¿á qué queda reducido el sentimiento religioso? Oigamos: "La religión corrompe la moral, que no consiste para ella en el cumplimiento de una voluntad libre, ilustrada y personal, sino en la sumisión á un sér al cual se prodigan los términos de la más baja adulación, al mismo tiempo que se le pinta abominable en su severidad y en sus venganzas, habiendo creado el infierno con precencia, y preparado un paraíso casi imposible. Si la religión consiste en la adhesión á ciertos dogmas y en la posesión de ciertas cualidades de carácter, se puede llamar religiosas á gentes que, sin ser siquiera deístas, adoptan por ideal una conducta tan meritoria y pura como la inspirada por un sér bueno y encantador, y que no sería el autor de este mundo deshonrado por la injusticia y el sufrimiento." (1)

Establecido el divorcio, ó mejor dicho, el antagonismo entre la religión y la moral, se hace necesario saber en qué consiste esta última desde el punto de vista del positivismo; hélo aquí: "Toda moral proviene de dos impulsos: el uno egoísta, el otro dirigido á los demás ó altruista. El primero es consecuencia necesaria de las necesidades de conservación individual por la nutrición; el segundo surge del amor que atrae á ambos sexos para la perpetuidad de la especie después de la existencia efímera del individuo. En vano se llaman groseros esos impulsos que nacen de la naturaleza, siendo uno de los errores del catolicismo haber presentado como inmorales nuestras alegrías y nuestros placeres que dependen de la nutrición y de la sexualidad, impuestos por el mismo Dios que los condenará en sus efectos, según las falsas doctrinas del clero. Mientras no se habían descubierto en el cerebro las propiedades elementales de tales ó cuales nervios conductores de la motricidad ó de la sensibilidad, y por consiguiente, la porción nerviosa todavía indeterminada que preside á las funciones intelectuales y morales, se consideraron la sensibilidad, el movimiento y los diversos fenómenos de la vida moral é intelectual como productos heterogéneos, cuando son tan exactamente reducibles á las leyes de la fisiología, y cuando la higiene hace salir de ellos reglas aplicables á la moral y al progreso de las sociedades." (2)

Interminable sería nuestro trabajo si tratáramos de reproducir todo lo que han dicho los positivistas sobre las importantes cuestiones que quedan señaladas y las soluciones diversas que les han dado, pues aunque no todos estén conformes, á causa de la anarquía que entre ellos reina, y que parece ser uno de los caracteres distintivos de la escuela, los principios comunes de que parten la base sensualista que forma el punto cardinal de sus doctrinas, los arrastran irresistiblemente á las conclusiones con tanta claridad y exactitud enumeradas por el filósofo belga. Y esto es lógico y natural. Si estamos encerrados en la esfera sensible, claro es que no podemos conocer más que fenómenos, conocimiento precario sobre el cual no es posible establecer nada sólido ni científico. La duda surge por todas partes; la inducción, fundada en la inmutabilidad y universalidad de las leyes de la naturaleza, vacía y se desploma, pues ese concepto es fruto de

(1) *Ibid*; art. *Religion*.

(2) *Ibid*; art. *Moral*.